

Luis García Arés

GRATIA PLENA

dieciocho sonetos y un madrigal

Prólogo: LUIS ALBERTO DE CUENCA

Epílogo: ALICIA ARÉS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, nº116—

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento o el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © LUIS GARCÍA ARÉS (herederos)

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © LUIS ALBERTO DE CUENCA

Del epílogo © ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Ilustraciones © BARTOLOMÉ LIARTE APARICIO

Primera edición: diciembre 2006

Segunda edición: septiembre 2021

I.S.B.N: 978-84-18997-17-4

Depósito legal: M-25084-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

L'Amor che muove il sole e l'altre stelle.

(Dante. «La Divina Comedia». Paraíso. Canto XXXIII, v. 145)

*Beatrice tutta nell'eterne ruote
fissa con gli occhi stava; ed io, in lei
le luci fisse, di lassù remote.*

(Dante. «La Divina Comedia». Paraíso. Canto I, v. 64-66)

A la tarde te examinarán en el amor.

(San Juan de la Cruz. «Dichos de Luz y Amor», nº 59)

GRATIA PLENA

P R Ó L O G O

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Real Academia de la Historia

El poeta abulense Luis García Arés canta a su esposa, Beatriz, en un puñado de pulquérrimos sonetos, y lo hace desde su conocimiento profundo de la poesía clásica española —un territorio que ha explorado asiduamente a lo largo de su existencia—, pero también desde el gozoso abismo del amor, esa plácida hondura donde es posible la redención y de donde solo puede salir uno caminando hacia arriba.

Invoca el poeta en una «Clave de lectura» inicial la universalidad como uno de los objetivos de su cancionero amoroso, de la misma manera que Petrarca en el suyo, razonando que en cada musa individual está el «eterno femenino» al que se refería Goethe al final de su *Fausto*, y que en cada historia particular de amor aletea el eros platónico, un impulso común a todos los hombres cuyo desarrollo conceptual se aborda en el *Banquete*.

Fue precisamente Platón el padre de las teorías amorosas de Ficino y León Hebreo, los tratadistas máximos del tema en el Renacimiento, que tanto influyeron en nuestra poesía de los Siglos de Oro. En esa tradición neoplatónica se sitúa García Arés y sus impecables sonetos, cincelados con precisión de orfebre y calidez de enamorado. Llamándose su dama Beatriz, acaso le haya sido todavía más fácil recorrer con ella el camino del amor a través de las distintas estaciones de la vida, en la estela trazada por el capitán de los poetas cristianos, Dante Alighieri, cuando dejó en el aire su pasión por Beatrice para que la respirásemos a través de los siglos.

He hablado de sonetos, pero el poema que inaugura el libro es un madrigal, muy cetiniano, que alberga versos tan dignos de memoria como estos:

¡Ay, corazón herido!,
flechado sí, mas nunca dividido.

Este ejercicio de perseverancia afectiva hunde sus raíces en el propio sentir del autor, pero refleja a la vez el sentir universal de todo enamorado, al menos en nuestro mundo occidental, por seguir los planteamien-

tos de Denis de Rougemont en su famoso libro *El Amor y Occidente*. La fidelidad y la constancia son síntomas de verdadero amor. Creo que fue D'Annunzio, que no fue nunca un modelo en ese sentido, quien hizo grabar en su tumba esta inscripción latina, cifra y símbolo de su voluntad de permanencia amorosa: VSQVE DVM VIVAM ET VLTRA («Mientras yo viva y más allá»).

Me complace acompañar a mi buen amigo Luis García Arés, con quien comparto nada menos que a Bécquer y a Lord Tennyson, en su andadura lírica por el país del amor. Algunas veces, y esta es una de ellas, ese país, áspero y desabrido con frecuencia, puede llegar a convertirse en un lugar iluminado por la serenidad y la esperanza. Los antiguos griegos, con Platón a la cabeza, identificaban lo Bello con lo Bueno. Gracias, Luis, por la bondad y la belleza que despliegas en tus poemas dedicados a Beatriz. A la tarde, te han examinado en amor y has sacado sobresaliente.

Madrid, 31 de agosto de 2006

CLAVE DE LECTURA

LUIS GARCÍA ARÉS

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

He aquí, expresado por Antonio Machado allá por la segunda década del siglo XX, un aserto que se puede calificar como universal, en razón de su generalidad. En efecto, el investigador, el poeta (la distancia entre ambos no es tan grande) o el estudioso encuentran ante sí un vasto campo sin desbrozar en el que a base de esfuerzo, trabajo e imaginación, abren sendas que, en el mejor de los casos, desembocarán luego en auténticos caminos.

¿Y del enamorado, qué se podría decir? Pues ante todo, y pese a que sus trabajos sean de muy distinta índole, su actitud ante la vida no escapa, ni mucho menos, a las palabras de Machado. Porque el amor, por encima de cualquier espejismo juvenil, necesita, para transitar por él, construirle día a día, mes a mes y año

tras año. Aunque pueda parecer lo contrario, allí no hay caminos y solo la constancia, la comprensión y la entrega permiten correr hasta la meta, como decía el apóstol Pablo; meta esta, dicho sea de paso, que ni siquiera está en nuestras manos alcanzar, sino en otras infinitamente más sabias.

El contenido de este librito pudiera, en una primera lectura, llevar a la conclusión errónea de que carece de interés general, puesto que todo él se mueve en un universo cerrado, habitado en exclusiva por la protagonista y su cantor. Nada empero más alejado de la realidad. La obra, en efecto, aborda el amor, y este, cuando es tal, nunca puede ser cerrado, puesto que lleva en sí mismo el quid de la trascendencia. Y en el caso concreto que nos ocupa tal trascendencia pudiera muy bien escribirse con mayúscula, lo cual confiere al amor una nueva dimensión que le distingue radicalmente del que se muestra en los clásicos textos amatorios.

Pero aún cuando esto no fuera así —que sí que lo es— la belleza intrínseca de los poemas dotaría al contenido de un atractivo que sobrepasa con mucho al *tú* y al *yo*. Solo una persona de cortas miras podría, por ejemplo, señalar carencia de universalidad en las *Rimas* de Bécquer, en el *Canzoniere* de Petrarca o en las *Serra-*

nillas del Marqués de Santillana. Si Julia Espín, Laura o la Vaquera de la Finojosa han quedado inmortalizadas en la poesía amorosa ello no se debe a las musas en sí sino a las obras que sin ellas nunca se hubieran escrito.

Salvando las distancias, a Beatriz, alma y vida de esta pequeña serie de composiciones, no le cabe la suerte de disponer de un cantor como los anteriores, aunque también es verdad que tal carencia queda parcialmente compensada por el hecho, insólito donde los haya, de protagonizar un cancionero de amor en estos tiempos prosaicos que nos ha tocado vivir, tan distintos y tan distantes de aquellos otros románticos o caballescicos en los que se escribieron las obras mencionadas.

Una última sugerencia al lector sería que, aparte del valor literario de los textos o de su vertiente sentimental, considere el conjunto y todos y cada uno de los poemas como una expresión de los sabrosos frutos que puede producir la conjunción del amor humano y del divino. Esta es, desde luego, la correcta perspectiva en que se debiera leer esta obra.

Ávila, 2006



M A D R I G A L

A Beatriz, mi esposa

Porque es ciego Cupido
te contemplo, Beatriz, con la mirada
remota, juvenil e ilusionada
de nuestra primavera;
pero aunque Amor tuviese vista aguda
¿cómo poner en duda
que te vería igual que ayer te viera?
¡Ay, saeta certera!
¡Ay, corazón herido!,
flechado sí, mas nunca dividido.



B E A T R I Z

«Ahora vemos en un espejo, confusamente.
Entonces veremos cara a cara» (1Cor 13, 12)

Te doy gracias, Señor, porque me has dado
para cruzar por esta noche oscura
la luz que irradia la presencia pura
de la esposa que siempre me has soñado.

El porqué para mí la has reservado
no lo sabré decir, mas su figura
me evoca de tal forma tu hermosura
que mi camino a ti va por su lado.

Tú y yo, Señor, la amamos a porfía,
con tu amor fulgurante como estrella
y el mío de tu amor solo reflejo.

En el tiempo presente es vida mía
y espero yo fundirme aún más en ella
cuando tu amor, Señor, rompa este espejo.



ALCUZA CELESTIAL, DIVINA ALCUZA

La llama del amor que arde en mi pecho
no alcanza a iluminar la zona oscura
que vela un poco al alma en su hermosura
y comparte con ella el mismo techo.

Con todo, si el pabilo está derecho,
si da calor al tiempo que fulgura,
a tu amor se lo debo, esposa pura,
que modelas el barro en que estoy hecho.

Mas, ¡ay!, la alcuza del amor humano
se agota como fuente en el verano
si en sí mismo se encierra satisfecho.

Amémonos en Dios, amada mía,
y veremos brillar más cada día
la llama del amor que arde en mi pecho.